

El tiempo de la paciencia de Dios

Joan Mesquida Sampol

Doctor en Derecho

E-mail: jmesquida@protonmail.ch

Recibido: 16 de julio de 2016

Aceptado: 30 de noviembre de 2016

RESUMEN: La paciencia es una virtud que suele ir pareja a la misericordia. Sin embargo, su práctica muchas veces desconcierta. La actitud de Job, aunque encomiable, resulta casi heroica y forzada. También la paciencia de Dios no es fácil de entender, pues puede aparentar cierta dejadez en la aplicación de la justicia. No obstante, veremos que, más allá del inicial desconcierto, la paciencia es una virtud fundamental para el hombre y su acercamiento a Dios.

PALABRAS CLAVE: justicia, misericordia, paciencia, sufrimiento, virtud.

En el Año de la Misericordia, finalizado en el 2016, más de una vez habremos oído aquello de que Dios es paciente y misericordioso. Nos lo recuerda el propio Papa Francisco al sostener que «“Paciente y misericordioso” es el binomio que a menudo aparece en el Antiguo Testamento para describir la naturaleza de Dios»¹. Vemos que paciencia y misericordia parecen formar una pareja natural, pues de poco sirve la actitud misericordiosa de uno si al poco rato es desplazada por la ira o el

ímpetu que son provocados por la necesidad inmediata de conversión a la que el pecador parece resistirse. En consecuencia, quien es misericordioso debe ser paciente, siendo así que en la misericordia la paciencia encuentra su lugar, frenando cualquier intento de ira o rechazo. La actitud paciente permite tener presente en todo momento que la misericordia supone ante todo el acogimiento del pecador, por muchas que sean las veces que este reincida en su pecado. De alguna manera podríamos decir que la misericordia empieza, precisamente, con el freno de la

¹ *Misericordiae vultus*, n. 6

paciencia a la natural e inmediata exigencia de la justicia al contemplar al pecador y su pecado. Pero, ¿qué es realmente la paciencia? ¿En qué consiste?

1. Una virtud no siempre apreciada

Suele decirse de la paciencia es una virtud. San Agustín tiene un pequeño tratado sobre ella, pero como veremos advierte ya sobre aspectos engañosos acerca de lo que entendemos por paciencia². Santo Tomás de Aquino, por su parte, la recoge en su *Suma Teológica*, pero la relega a una posición de cola en el ámbito de las virtudes³. Ello nos lleva a pensar que la paciencia debe ser una virtud algo errática o que, al menos, genera cierta desconfianza. Pero, ¿por qué?

La paciencia se manifiesta como una actitud mental que controla o frena los impulsos que nos lleva a la acción inmediata en diferentes contextos. Si echamos manos del diccionario, comprobaremos que se habla de paciencia en relación a soportar algún mal o dolor, cuando hay que realizar algo especialmen-

te complicado o gravoso, o simplemente al que actúa con lentitud y minuciosidad. En definitiva, decimos que es paciente aquel que, ante la posibilidad de actuar, frena y aguarda el momento adecuado, sin precipitaciones. Sin embargo, a partir de ahí la cosa se complica, pues ni la velocidad de la acción ni el autocontrol del actuante nada nos dicen de la bondad de la conducta. Paciente puede serlo el cazador que espera su presa o el ladrón que hace lo mismo con su próxima víctima. Comportamientos que se encuentran lejos de ser virtuosos, al menos desde una perspectiva moral.

Como indicábamos, san Agustín nos pone sobre aviso acerca de estas confusiones. Es fácil sin duda confundir la paciencia con la terquedad del ladrón, que espera con sigilo a su inocente víctima, pero no podemos calificar esta espera de paciente, en el sentido de algo moralmente meritorio. El paciente es otra cosa, a tenor de lo que nos propone el obispo de Hipona. Así pues, no se trata solo de controlar impulsos, pues la paciencia no es el arte de la caza o la habilidad de saber esperar. Es otra cosa: la paciencia es sobre todo la capacidad de padecer pues, no en vano, llamamos también paciente al que padece algún dolor o pesar.

² Cf. TERTULIANO-SAN CIPRIANO-SAN AGUSTÍN, *La Paciencia*, Rialp, Madrid 2010.

³ Cf. *STh* II-II, q. 136.

Si la paciencia es la virtud de soportar el dolor o la adversidad sin alterarse, sin reaccionar de forma airada, no nos extrañará que el sufriente Job aparezca como el paciente paradigmático, siendo la opuesto a esta actitud la de su mujer, que lo compelia a rebelarse contra su situación y contra Dios (cf. Job 2, 9). La conducta que pretende su esposa no aporta nada a la mejoría del afectado: rebelándose y blasfemando contra Dios no aparta el dolor ni la desgracia. Puede suceder que se sienta algo parecido a un alivio inmediato, pero será efímero y acompañado del riesgo y el temor de ver empeorada la situación inicial ante una posible reacción poco amistosa de Dios. Se trata simplemente de un ataque de ira por la falta de la paciencia necesaria.

No debe sorprender, pues, que a la paciencia se le oponga tradicionalmente la ira por ser esta la reacción “natural” del impaciente, de aquel que no soporta el padecimiento y se rebela contra él. Sin embargo, en un contexto de dolor y sufrimiento, no es fácil optar por el comportamiento más virtuoso. Ante la lectura del relato de Job, por admirable que sea su actitud, no nos costará mucho ser comprensivos con la de su mujer, tan humana por otra parte, de rebelarse ante lo injusto. Más complejo re-

sultará ponerse en el lugar de Job, pues ¿no es acaso natural hartarse de la opresión y el sufrimiento y levantar la voz hacia aquellos que lo provocan, o incluso ante los que callan miserablemente? Sin duda, podemos fríamente sostener que, ante el sufrimiento, la actitud mansa y paciente es la más adecuada, pero no es nada fácil emitir un reproche moral a quien no aguanta más el dolor y reacciona sin más.

Más adelante volveremos a hablar sobre la paciencia del hombre. Sin embargo, a poco que reflexionemos sobre estas dudas, acabaremos advirtiendo un aspecto muy particular de la paciencia, que es la incomprensión general que con frecuencia se deriva de su práctica. Ya hemos visto como san Agustín se ocupaba de aclarar ciertos equívocos y santo Tomás analiza esta virtud con no demasiado entusiasmo, integrándola dentro de la virtud de la fortaleza, pero en una posición poco destacada. Dudas que no hacen sino poner de manifiesto cierto desconcierto, pues en el fondo quien opta por enfrentarse pacientemente al dolor y al sufrimiento es, con frecuencia, vilipendiado y tratado de loco. Así, el que actúa la paciencia no solo es paciente con sí mismo y su situación, sino que además deberá ser paciente con los que le critican y vilipendian. No nos ex-

trañará pues que, con frecuencia, la persona paciente busque poca visibilidad en su acción, pues por ejemplar que pueda parecer a algunos su conducta, sabe por experiencia que a menudo va a ser mal interpretada por la mayoría.

Es por ello que la práctica de la paciencia es, por lo común, discreta y silenciosa. Lo cual contrasta con el estruendo que provoca su ausencia, manifestada en forma de arrebatos furiosos. El impaciente, incapaz de quedarse quieto ante una ofensa o adversidad, desata ruido y cólera de la forma más temeraria, sin importarle las consecuencias. Caín es un buen ejemplo de impaciente que no pudo soportar el trato diferenciado que Dios ofreció a su hermano y, sin mediar palabra, lo mató. Su impaciencia derivó en un ataque de ira mortal, visceral, desmesurado en todos los sentidos. No atendió a razones ni se sentó a esperar un nuevo gesto de Dios, una razón de su decisión. Ni siquiera su ira se volvió primero hacia el que había originado el supuesto agravio.

Recordemos cómo se nos narra la historia en el capítulo cuarto del Génesis. Ante la ofrenda por separado de los dos hermanos, el Señor se fija en la de Abel y no hace caso de la de Caín. Se trata de una mera actitud de Dios de la que no se deriva *a priori* consecuencia alguna ni

se le da al primero alguna ventaja sobre el otro. Pero el Señor se da cuenta del enfado y del abatimiento de Caín y le pregunta la razón de su estado. Parecería con ello que Dios quiere explicarle el porqué de su gesto, intuyendo que en él empieza a germinar la semilla del pecado. Dios quiere advertirle, darle una lección que, sin embargo, Caín no quiere ni escuchar. El intento de diálogo de Dios con Caín cae en saco roto. Su rabia es tan honda que seguramente ya ha tomado la decisión de matar a su hermano a las primeras de cambio, diga lo que diga Dios. Una acción que no podemos ver como fruto de una maldad teledirigida ni como derivada de una psicopatología descontrolada. Se trata de una decisión de Caín fruto de la ira, primitiva y alejada de la reflexión, pero una decisión libre que surge ante la persistente pregunta del por qué a él sí y a mí no. ¿Quién no ha reaccionado docenas de veces con rabia y rencor hacia aquel que es favorecido por la decisión aparentemente arbitraria de otro? La diferencia, claro está, la hallamos en el juicio moral que nos permite enjuiciar nuestra acción y prever las consecuencias de una acción desmesurada y violenta. Juicio, pues, que nos llevará a soportar el agravio sin provocar males mayores. Decidimos, con mucho mayor tino que Caín, ser pacientes.

Se trataría en todo caso de una paciencia poco onerosa, pues el padecimiento a soportar es liviano comparado con otras situaciones como la de Job. Fijémonos, por otro lado, en el caso de Abel, que se ve atacado por su hermano sin oponer resistencia alguna, manifestando una actitud mansa y paciente que, aunque reconozcamos virtuosa, no nos deja de producir desasosiego. De todas maneras, la impaciencia no es la única actitud opuesta a la paciencia. El comportamiento contra esta virtud puede ser no solo por defecto, como hemos visto con la irascibilidad, sino también por exceso. En este último sentido, se opone a la paciencia otro vicio, el de la insensibilidad, es decir, la falta de reacción frente al dolor o la adversidad. Naturalmente, siempre que ese dolor sea ajeno. Continuando con el ejemplo anterior, Abel se muestra paciente ante el ataque de su hermano, pero no entenderíamos que esa misma actitud fuera adoptada por un testigo del hecho. Al contrario, esperamos que este actúe en defensa del inocente al que se va a asesinar.

2. Dios es paciente

Hasta ahora hemos tratado sobre la paciencia de los hombres. Pero, ¿es Dios realmente paciente? O

mejor dicho aún, ¿puede ser Dios paciente? Como intuirá el lector, la pregunta se formula con trampa pues, si como hemos afirmado, la paciencia consiste en padecer sin alterarse, afirmar que Dios es paciente, supone afirmar que puede padecer, atributo que, para algunos como es el caso de san Agustín, tiene poco de divino y mucho de desconsiderado⁴. ¿Cómo podemos decir entonces que Dios es paciente?

En la Sagrada Escritura, muchos ejemplos de la paciencia de Dios están relacionados no con el dolor sino con la actitud de Dios frente al pecado y a la desobediencia del pueblo de Israel o de alguno de sus miembros. Claramente lo expone el profeta Miqueas, tras denunciar los desmanes de sus congéneres: «¿Está maldita la casa de Jacob? ¿Se ha acabado la paciencia del Señor o van a ser tales sus acciones?»⁵. La paciencia aquí tiene, sobre todo, un sentido de tolerancia, de inactividad, de freno a lo que debería ser consecuencia de las acciones de los demás. Dios conoce los pecados de su pueblo y podría ser consecuente con ello y castigarlos. Pero no lo hace. Se queda esperando.

⁴ Cf. TERTULIANO-SAN CIPRIANO-SAN AGUSTÍN, *op. cit.*, 105.

⁵ Míq 2, 7.

La actitud paciente de Dios puede parecer pasiva, pero en ningún caso pensemos que es indiferente. Todo atisbo de indiferencia queda totalmente disipado en el Nuevo Testamento, cuando vemos a un Dios paciente, que espera atento, pero no sin cierta inquietud y preocupación. Una de las imágenes más claras de ello tal sea la del padre misericordioso que espera que su desventurado hijo aparezca en el horizonte⁶. ¿Cómo se explica que sin ni siquiera divisar su meta, el padre ya estaba allí, esperándolo, tal vez como cada mañana, insistentemente, absurdamente? La paciencia de Dios no es, en ningún caso, indiferente ni derivada de la holgazanería de un dios ocioso, sino que se trata de una paciencia dolida, marcada por el amor del creador que se desvive por su criatura. Recordemos también la imagen del pastor que pierde una de sus cien ovejas y, al darse cuenta, deja las noventa y nueve en el campo y busca la que está perdida hasta encontrarla, arriesgándose tal vez a ser robado o a perder alguna más de las que deja en medio del prado. Se esfuerza, más allá de lo debido, superando con creces el valor de una sola oveja, pero aun así no deja de buscarla pacientemente⁷.

⁶ Lc 15, 20.

⁷ Cf. Lc 15, 4.

La paciencia de Dios se va alejando siempre de la pasividad y se acerca con no poca frecuencia a límites que nos resultan difícilmente comprensibles, incluso irracionales. Por tanto, también la paciencia de Dios nos resulta a menudo desconcertante. ¿Quién de nosotros, de ser amigo del padre del hijo pródigo, no le aconsejaría que dejara de mirar al horizonte cada mañana? ¿Acaso no le diríamos que su actitud no es sana, que es una obsesión que acabará dañándole porque lo más probable es que su hijo no regrese jamás? A los ojos humanos, la actitud del padre no solo carece de utilidad alguna, sino que, sobre todo, es una soberana pérdida de tiempo, aspecto este último que tiene suma importancia.

Hablando de la paciencia, el tiempo es determinante. Es una de las grandes diferencias que hay entre Dios y nosotros pues Él, a diferencia de nosotros, tiene todo el tiempo del mundo. Desde nuestra limitación mundana, es normal que veamos la paciente espera del hijo como un dejar que la vida se nos escape de las manos, obsesionarnos con algo que ya no es real. Pero ello no es así para Dios, que es dueño del tiempo y cuya paciencia puede ser eterna para con nosotros, sus pecadoras criaturas.

Parece claro, entonces, que la paciencia de Dios adquiere su sentido ante el pecado del hombre. Tertuliano dirá que aquella se inicia, precisamente, en el momento en que el hombre peca por primera vez⁸. A partir de entonces, Dios hará continuos esfuerzos de contención que solo su inmenso amor podrá explicar, de la misma forma que solo el amor de una madre o un padre puede explicar la actitud rayana en la locura del que espera, cada mañana, poder ver regresar ver a su hijo.

Por ello, con el pecado del hombre se inicia el tiempo de la paciencia de Dios. Ocurre entonces algo sorprendente: la idea de justicia de Dios, que se reflejaba en las primeras alianzas con su pueblo elegido o en el mismo Decálogo, parece deformarse. Dios siempre es fiel y justo, y esta justicia conlleva la necesidad de respetar aquello que se pacta. En el Antiguo Testamento, ello suponía una suerte de justicia retributiva y casi me atrevería a decir que muy humana, demasiado humana, quizás. Aquellos que cumplen lo pactado son premiados, pero los que lo incumplen reciben su justo y merecido castigo. Nadie puede reprochar a Dios que sea infiel a la palabra dada o que

no se tome en serio su alianza con los seres humanos, aunque estos la hayan olvidado o hagan caso omiso de ella.

Pero en el tiempo de la paciencia de Dios, esta justicia es tergiversada por el propio creador, modulada a los esquemas divinos. San Pablo así lo advierte cuando afirma que «Dios mostraba así su justicia cuando pacientemente pasaba por alto los pecados de antaño»⁹. Volvemos al tiempo de la paciencia de Dios que preconizaba el profeta Miqueas y que suponía una tolerancia frente al pecado, pero no en el sentido de dejadez, sino en el de la espera hacia la conversión. Dios no se hace trampas a sí mismo, simplemente ama.

Así pues, el tiempo de la paciencia no debe ser visto como una especie de huelga de brazos caídos de los tribunales divinos, sino como un infinito deseo de perdonar, de esperar ese regreso del hijo perdido que, aunque sea con el discurso aprendido de memoria, siente que su lugar está junto a su padre y que, frente a todas las miradas hostiles de los demás, incluida la de su propio hermano, sabe que de su padre solo recibirá ternura y amor. Por tanto, el tiempo de la paciencia de Dios en el que vivi-

⁸ Cf. TERTULIANO-SAN CIPRIANO-SAN AGUSTÍN, *op. cit.*, 30.

⁹ Rm 3, 25.

mos en este peregrinar terreno, no es otro que el tiempo del perdón, de la misericordia, que no suspende en el tiempo la justicia de Dios sino que fortalece, pues Él también es el Señor del tiempo.

3. Pacientes como Dios

Dios es paciente y misericordioso, ya lo hemos visto, pero nosotros estamos llamados también a ser pacientes como nuestro Padre del Cielo (cfr. Mt 5, 48). Menuda faena, pensaremos la mayoría, mientras buscaremos una excusa como humanamente podamos: pacientes como nuestro Padre del cielo, sí, pero, ¿acaso tenemos tiempo para ello? El tiempo es para nosotros una cárcel de lujo extremo. Nos encierra y nos agobia hasta cierto punto, es verdad. Pero no lo es menos que es la eterna excusa para hacer lo que nos da la gana o, al menos, para no hacer aquello que no nos apetece: que si no tengo tiempo para esto, que ahora no puedo dedicarme a aquello. Decíamos antes que la paciencia de Dios es infinita pues Él no conoce los límites del tiempo, pero no podemos decir lo mismo de los hombres.

Nuestra situación de prisioneros del tiempo juega, además, un doble papel. Por un lado, no

deja de ser un límite a la paciencia de Dios, en el sentido de que Dios puede ser infinitamente paciente con cada uno de nosotros, pero esa paciencia pierde su sentido una vez que nosotros hemos agotado nuestro tiempo: tras la muerte, se acaba, para nuestro caso particular, el tiempo de la paciencia divina. Esta siempre se vincula a nuestra acción pecadora y a la posibilidad de perdón y conversión. Más allá de esta vida, ni podemos pecar ni podemos ya decidir cambiar nuestro rumbo y regresar junto al padre. Estamos ya fuera del tiempo. Por otro lado, es evidente que nuestra limitación temporal nos dificulta la espera. El ejemplo del padre misericordioso del hijo pródigo del evangelio de Lucas nos llama la atención por su perseverancia y su fe en el regreso del hijo, pero todos sabemos que esa confianza se acaba perdiendo y debe ser sobrellevada: hay que seguir adelante y pasar página, le dirían seguramente sus allegados, preocupados porque malgaste su vida (su tiempo) esperando algo que posiblemente no ocurrirá. Pero la paciencia no solo se manifiesta en la espera solitaria del hijo que no regresa. Para la paciencia, puede ser suficiente la presencia del recuerdo, aunque el trajín diario continúe y nos embargue.

Hay una frase muy usada entre nosotros que puede ser interesante traer a colación. Es frecuente escuchar, entre personas que han sufrido alguna agresión o afrenta grave, aquello de “perdono pero no olvido”. En un contexto de violencia, la frase deja un sabor algo rancio, como si el perdón hubiera devenido obligado, pero advirtiendo un amago de rencor en el recuerdo que se mantiene. Sin embargo, cuando se da un perdón sincero, ese recuerdo nos transporta al dulce camino de la paciencia y la espera.

Quien es capaz de perdonar a un agresor de forma sincera y plena, no se limita a ese perdón puntual, momentáneo, llevado incluso un poco por las circunstancias. El perdón pleno es continuo, pues la persona afrentada va a ser capaz de ir transformando ese perdón en el amor al enemigo, al agresor, al que se deseará que sea capaz de aceptar ese perdón con arrepentimiento y conversión. En este caso, el “perdono pero no olvido” no esconde rencor alguno, sino que persigue en el fondo el retorno del pecador, la reconciliación con Dios y con el resto de personas, especialmente con la agredida.

Es evidente que este perdón no está al alcance de todos. Los creyentes tenemos claro que, llegado el caso, solo con la ayuda de Dios

y la fuerza de la oración podemos aspirar a ello. Pero lo importante aquí es tener claro que esa paciencia del que espera, teniendo presente el recuerdo de esa persona y esperando que un día se asome en el horizonte de la conversión, no es una tarea solitaria. Todo lo contrario, quien perdona y espera paciente la conversión del pecador no hace otra cosa que acompañar a Dios en su empeño paciente de que todas las criaturas regresen a su regazo. Es por ello que la demanda de que seamos pacientes como nuestro Padre del cielo, no es tanto la exigencia de una paciencia que cualitativamente no está a nuestro alcance, como la solicitud de acompañar a Dios en su paciente espera.

Como vemos, por tanto, la paciencia humana guarda también cierto parecido a la divina en cuanto que se enfrenta al pecado y reacciona frente a él y en favor del pecador. Ahora bien, a diferencia de la divina, la paciencia humana también es requerida al margen del pecado. No hay pecado en el justo Job que explique sus desgracias, por mucho que intenten rebuscar una causa sus amigos. Como no lo hay en la madre que contempla a su hijo sumido en la enfermedad o la invalidez; o en el desdichado que ve como su mundo se desmorona en una concatenación de infortu-

nios tan inexplicables como macabros. También a ellos se les exige paciencia. Incluso la práctica de la paciencia más pura y estricta, la que nos decía san Agustín que consistía en la virtud de soportar el dolor o la adversidad sin alterarse, sin reaccionar de forma airada. Pero ¿qué sentido tiene aquí la paciencia? ¿No sería más natural, más humano, incluso, reaccionar frente al dolor, lamentarnos frente a nuestra desgracia? Llevado al extremo, aparece una vez más la desesperada actitud de la mujer de Job: «¿Todavía persistes en tu honradez? Maldice a Dios y muérete»¹⁰.

Acerca de la cuestión del mal, nunca obtendremos, para el que lo sufre, una respuesta definitiva. El propio Job contesta a su esposa con dureza: «Hablas como una necia. Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?»¹¹. Dejando de lado la discusión acerca del eventual origen divino del mal, la equiparación de Job entre bien y mal nos da una

pista acerca de su sentido: el mal es aceptado con la misma naturalidad que se acepta el bien. Obviamente, a diferencia de este, el mal no es deseado, pero aun así se acepta en un acto de generosidad, de entrega. Es muy posible que no conozcamos su sentido, que pensemos que es radicalmente inmerecido, pero aceptándolo nos unimos en cierta manera al que en su momento también lo aceptó, como el más amargo cáliz: Jesús de Nazaret.

La paciencia nos acerca a Dios, por tanto, a través de dos caminos. El primero es el de la misericordia y el perdón, el de la espera junto a Dios en la recuperación de todas las ovejas perdidas. El segundo, no menos importante, es el del dolor absurdo e inmerecido con el que nos acercamos a la pasión del Hijo, pero también a la liberación pascual. Se trata de un martirio silencioso, agónico, pero la virtud de la paciencia puede hacer ver nos en él el cálido destello de la esperanza. ■

¹⁰ Job 2, 9.

¹¹ Job 2, 10.